

02

Surgen las dudas. Cuándo llega la idea, cómo llega y sobre todo por qué. Los vasos comunicantes proceden del crepúsculo de los tiempos. Cada fluido emanado de la invención viene hasta tu recuerdo aproximándose desde el inicio de la creación, a la manera de Rilke, que dice que Dios todavía no ha llegado.

Recordé quién era y dónde estaba. Vino la anamnesis, la pérdida del olvido, el retorno, entonces el hilo dorado se esfumó como polvo en el espacio, dejándome flotando, a la deriva. Cosmonauta desconectado de la nave central. ¿Para cuánto tiempo tendré oxígeno? Aún se pueden decir algunas palabras para el recuerdo.

El tiempo ya no avanza, es algo que fluctúa en otra dimensión distinta a la mía. Me han transformado en un anciano prematuro. Ya no estoy en la competición y aunque mi percepción me dice que la competición ha terminado yo sé que no es así. La competición sigue, pero en otro lugar. Se apagaron los focos. La *rave* se fue a otra parte. Solo queda el escenario vacío y pienso que ya no hay fiesta y no es verdad. Es que ahora yo no sé dónde está celebrándose ahora la fiesta. El tiempo se detiene.

.....

03

Señor Kappus, la vida me agobia, no quise decírselo antes pero mientras le daba consejos llenos de templanza me bebí enterito un barril de vino añejo de Porto. Lo cierto es que fueron meses, eran muchas cartas y yo tampoco estaba borracho todo el día. Lo suficiente para contestar a sus cartas, cada dos meses, nunca antes, para así poder ir haciendo ánimo a fuerza de dipsomanía.

Señor Kappus, ¿es que todavía hoy, ochenta años después de muerto, no se ha dado cuenta? ¡Mis consejos no sirven de nada! (A pesar de lo que diga el prólogo, proemio o prefacio de la obrita en cuestión). ¿Escribió respirando la armonía de los astros? ¿Encontró el huevo del pájaro Roc? ¿Hizo de su vida su mejor obra?

Pues era de lo que se trataba.

De nada.

(a propósito de «Cartas a un joven poeta» de R.M. Rilke)

.....

No ser fumador o ser un nofumador. Ya no se trata del humo o de los pulmones sino del tiempo que pasamos fumando y la calidad de ese tiempo muerto de ausencia de tiempo. ¿Nos fumamos este cigarro y entramos? En cuanto termine de fumarme este cigarro voy. Le esperé fumándome un cigarrito. Lo que tarde en fumarme el cigarro. Espera a que me fume el cigarro. Hasta la palabra cigarro usada como unidad de tiempo se hace extraña.

Al principio se lucha contra una ansiedad que nosotros mismos nos hemos creado. ¿Cómo se vive sin echar humo, sin tener ese tiempo de no-tiempo o mejor dicho, teniendo que ocupar ese tiempo en hechos reales y no ficticios, como fumar? ¿Cómo se vive sin esta ansiedad de combatir la ansiedad? ¿Cómo es la ansiedad del que nunca ha tenido la ansiedad de calmar su ansiedad con lo que le produce la ansiedad?

Visitas, reflexiones íntimas, conversaciones sesudas, risas, llantos, momentos de inspiración, momentos sin inspiración, momentos buscando la inspiración, ya no son lo mismo. Resulta que para los nofumadores la vida es un todo continuo, sin pausas ni paliativos. Todo seguido como tragarse Ben-Hur sin intermedio, pero así todo el día, un día tras otro. Sin el cigarrito de después de desayunar, sin el cigarrito al salir de casa o antes de entrar en el metro, sin el cigarrito, imprescindible, esperando en la esquina al amigo que, siempre, se retrasa. Sin cigarrito antes de entrar al cine o subirte al tren. Sin esos gestos inútiles ascendidos a la categoría de glamour por el cine de los años cincuenta. Sin embargo los nofumadores tienen que aprender qué hacer con las manos o no llevar los bolsillos llenos de los artilugios necesarios para realizar el ritual instantáneo de echar humo por la boca y la nariz.

Si absurdo nos parece el rapé ahora, apenas ciento cincuenta años después de que causara furor estornudar, imagina lo absurdo que parecerá en muy poco tiempo que nuestros abuelos se envenenaran los pulmones y se estropearan la piel y las arterias, intoxicándose voluntariamente por una adicción mesoamericana precolombina extrañamente contagiada a los europeos, como lo fueron el ron y la patata.

No busques en internet, ahí no hay respuesta. Buscas una hoja y encuentras la rama donde está la hoja que se abre a otro centenar de ramas y de pronto te ves en el punto opuesto de lo que de verdad te interesaba. El hipertexto apesta (por el uso que hacemos de él, como todo).

Escribir sin luz eléctrica. Leer sin luz eléctrica. El mundo antes de Edison, de Watt, de Marconi, de Tesla. No puedo evitar, cada vez que abro el Quijote, pensar que don Miguel lo escribió a la luz de candiles y lámparas de aceite, como Caravaggio pintó sus claroscuros usando cientos de velas, y me estremezco. Una palabra tras otra, corregida una y otra vez, los dedos con tinta, el frío en la espalda, el rasgar seco de la

pluma contra el pliego, carísimo, de papel de algodón estirado a mano, a fuerza de golpes y agua. Ahora que lo tenemos todo no tenemos nada. Todo es volátil. Incluso la imaginación. El peso de la pluma que rasga el papel, el peso del papel, el peso del cordón para encuadernarlo, de la piel de cordero pálida como una oblea que lo envuelve. El peso de las palabras. Todo eso se ha perdido. Y no debe de ser casualidad que una cosa haya ido acompañada de la otra. Yo, que ahora escribo, volví a escribir porque es el arte portátil. Cada vez más. Ya no tienes, por ejemplo, que cargar con los legajos de tus tristes obras cargadas a la espalda. Ahora solo llevas un aparato de plástico y metal (y más cables que un electricista, eso sí).

Qué distinguidamente *snob* resulta ahora ese Julio Cortázar en las filmaciones de los años setenta, diciendo orgulloso que él sus poemas los escribía con máquina de escribir y que, como una muestra de su increíble adaptación a la nueva tecnología, la había sustituido, nada más aparecer el nuevo invento, por una máquina de escribir eléctrica (Olivetti, también, claro), de resultas de lo cual decía, "Lo peor es que cuando uno se vuelve mecanógrafo esencial ya resulta imposible escribir de otro modo, y la escritura mecánica termina por ser nuestra verdadera caligrafía" (esto, por supuesto, lo he copiado de Google...).

.....

15

Las esferas que se aman están hechas solo de luz. Son dos esferas luminosas y se aman. La una a la otra. Y danzan por la ionosfera amándose, sencillamente. Una de ellas emite luz rojiza, y su pulso es lento, y la otra destella en verde y sus movimientos son más fluidos, mientras ambas danzan en el éter, sintiendo un inmenso amor la una por la otra. Un zumbido eléctrico, de transformador saturado, las acompaña en sus circunvoluciones aéreas. ¿Es que todas las historias tienen que ser como tú piensas?

.....

22

Te fue concedido este sitio. Agradécelo cada día. No creas que es casual. Cuídalo, mantenlo limpio y cerca de la luz. No hay ningún error en el registro. Es aquí donde perteneces ahora, debes estar agradecido (y seguir escribiendo la historia que sostiene al mundo en su órbita). Ese es tu lugar en el universo. A la cosmología del doctor Parnassus me remito.

.....

23

Viene el tercer movimiento de El Lago de los Cisnes. Sujetad a milady. ¡Ah! Vean, casi no puede respirar. Otra vez. Páseme el abanico (y las sales), por favor, que ya pierde la cabeza. Cuánta turbación. Se diría que el rubor de cada doncella es puesto a prueba en esta partitura. Cada vez es igual. Como un ultraje. No sé si podrá soportarla ahora. Vean como sube y baja su seno, acelerado, lleno de turbación.

33

Parecer idiota es otra forma de ser listo.

36

—Parece más inteligente de lo que en realidad es.

—Eso es porque hace mucho tiempo que no tiene que madrugar.

—Sí, debe de ser eso. La epigenética.

40

Nosotros nunca entendimos las letras de las canciones de los Beatles y no por eso fuimos menos fans (ni los bailamos menos a saltos y a gritos, como en otras partes del mundo), con la diferencia de que nosotros éramos fans ciegos (o quizás habría que decir *sordos*), tan solo hipnotizados por la música machacona, las posturas, la ropa, la impostura. La actitud, como diría un amigo. Participamos del mismo ritual de modernización, de cambio que el resto del mundo, sin conocer las palabras dichas en inglés, en una catarsis inducida bajo sonidos incomprensibles, en un idioma desconocido. Mantras cacofónicos cuyas palabras carecían de sentido. El mensaje no importaba porque no había mensaje, era todo una cuestión de imagen, de atuendo, de apariencia. De actitud, como diría mi amigo.

La revolución triunfó —a su manera, como todas las revoluciones— y vinieron las minifaldas, el pelo largo, el amor libre. Todo, sin haber comprendido una sola palabra de todo lo que decían los mensajes. ¿Se podría decir que se trata de un caso persuasión histórica colectiva?

.....

42

Querer saber no es saber. No se puede medir la inteligencia de alguien mirando los libros de su biblioteca.

.....

44

Fueron los hombres los que enseñaron a las máquinas a tratar a los hombres como niños.

.....

45

Asomarme a un mirador con tres libros (libritos) de Borges en una mano y en la otra uno (o dos) de los últimos de Henry Miller (*Big Sur* o la *Pesadilla...*) y contemplar la perspectiva de mi narrativa sintiendo el viento en la cara. ¡Ah! Si pudiera descifrar a uno y prolongar a otro. Si tuviera fuerza e inteligencia. Si tuviera madera de roble. Saltaría por la barandilla del mirador al vacío y moviendo los brazos con fuerzas, apretando los libros de JLB en una mano y los HM en otra, creciendo, como un incendio dentro de mí, dándome energía para volar más allá de los simples deseos, más allá de las meras palabras, hasta hundirme en el idioma, en el caldo de la elocuencia inmortal.

.....

Todo empezó porque necesitaba un libro pequeño para llevar en el metro. Llevaba varios días yendo cada día a ver a mi madre, a la que habían diagnosticado Alzheimer y que vivía desde hacía unas semanas en una residencia a cinco estaciones de metro de mi casa. Tomé uno de Borges, de la edición de bolsillo de Alianza, de entre los libros de mi mujer, porque yo nunca he sido demasiado devoto de él, y me sumergí en el subsuelo de la ciudad con la inocencia de que había tomado un libro más para distraer el aburrido traqueteo del tren.

La lectura era árida, no era un libro de ficción o al menos eso parecía. En realidad eran breves ensayos, algunos de apenas cuatro páginas, sobre escritores variados que, aparentemente, él admiraba. Sin embargo, a pesar del lenguaje catedralicio y las citas a obras -y autores- que yo no conocía, la música del texto me indujo a seguir leyéndolo un día tras otro, las cinco estaciones de ida y las cinco de vuelta, sumido en un remolino de conceptos y también de música literaria. El ritmo y la cadencia de las palabras hacían absolutamente innecesaria la comprensión del mensaje escrito. Lo que importaba era el lenguaje. No diré que me di cuenta inmediatamente pero algo me alertó cuando llevaba unas cuarenta páginas leídas y fue una posible repetición, una coda, que parecía ser una constante en el libro. A medida que fueron pasando los días y el libro fue avanzando se fue confirmando, de que algunos conceptos, palabras, frases enteras, se repetían afanosamente traídos a colación por los más diversos motivos, algunas veces bastante peregrinos.

Se diría que Borges quería contar otra historia entre líneas repartida a lo largo de todo el texto y que estos ensayos literarios no eran tan *inocentes* como parecían.

Dice JLB en el colofón, “El número de fábulas o de metáforas de que es capaz la imaginación de los hombres es limitado pero esas contadas invenciones pueden ser todo para todos”. De tal manera, pensé yo, si JLB está en Hawthorne, yo estaré en JLB. Así surgió todo.

(sobre «Otras Inquisiciones» de JLB)

.....

El Vaticano y sus sacerdotes me parecen entes tan lejanos y anacrónicos como los oficiantes de un culto azteca.

.....

Vives en el primer mundo y quieres adelgazar. Sabrás que no tienes un problema de metabolismo ni que tampoco dejar de fumar engorda. Nadie te obliga a comer en exceso (eso está penado por el tribunal de La Haya) a menos que seas un niño y las madres de ahora ni eso. No tienes más propensión a engordar que el resto de los mortales. Tienes que saber que tu problema se llama ansiedad. Ocupar el tiempo, las manos, la boca. Nada más que eso. desgraciadamente esa actividad tan lúdica y divertida que es comer tiene el efecto colateral de... engordar. Adivinaste.

Para empezar diré que yo solo puedo hablar en primera persona de cómo pueden no engordar los hombres. A las mujeres, con su forma distinta de depositar grasa, solo le podré ayudar un poco.

La ansiedad todos sabemos lo que es y nadie sabe lo que es. Yo pienso que es una proyección mental y circunstancial creada por el entorno en el que vivimos pero tampoco puedo definirla. Solo sé que la ansiedad se corona con la publicidad y el cine. Repetir roles inducidos por otros.

Todos sabemos que la ansiedad se calma viendo la tele y masticando cosas que vienen en una bolsa brillante, cosas que no sabemos de qué están hechas ni a qué saben. La ansiedad se calma fumando mucho. La ansiedad se calma acelerando a fondo por una recta perfecta al amanecer en un polígono industrial abandonado. La ansiedad se calma gritando, golpeando, rompiendo. La ansiedad también se calma bebiendo. Comiendo.

La respuesta es no. Así atenúas, postergas, distraes, eludes, la ansiedad. Todas esas actitudes (cada una con un efecto colateral diferente) apenas anestesian esa ansiedad que un instante después vuelve a ti como un bumerang, intacta, reforzada, queriendo más.

La ansiedad se calma caminando, si es en buena compañía mejor; nadando, leyendo, construyendo, reparando, ideando, y si tienes algún talento, por pequeño que sea, desarrollarlo, conocer gente que hace lo mismo que tú.

La ansiedad es debida a que estamos regidos por un mandamiento invisible que dictaminó que había que ocupar todo el tiempo haciendo cosas, en plena actividad, todos juntos, en enormes comunidades descontroladas y antihigiénicas y cuando ya nadábamos en la mierda y alguien protestó nos dijeron que el mundo era así y todos se lo creyeron, o la mayoría. El ser una persona reposada, metódica, solitaria, silenciosa, se transformó en una tara. Había que, cuando menos, dar la impresión de movimiento constante. Solo dormir por la noche y en este horario marcado.

La ansiedad es un regalo del progreso, del gregarismo y de no entender el ocio, un espacio imaginario y sin embargo temporal, para el descanso, conquistado para las clases no privilegiadas hace apenas doscientos y pico años por la Revolution.

La ansiedad a veces es querer saber más. A veces puede mutar en obsesiones y también a veces a una espiral de autodestrucción. A veces implemente engorda.

.....

50

Cuando no se nos ocurre nada siempre pensamos que ahora ya nadie tiene ideas.

56

Cuando en español decimos *pasado mañana* entramos de lleno en una paradoja espacio-temporal.

58

El cuadro no era demasiado grande, en formato vertical y representaba la perspectiva de la calle de una ciudad con una figura masculina de espaldas, que se alejaba o al menos esa era la impresión que pretendía dar. El estilo era decorativo, como de los años cincuenta o sesenta, una mezcla de impresionismo, expresionismo y pintura de cartel de cine todo sabiamente mezclado. El color dominante era el azul ya que pretendía mostrar una escena nocturna, con negros, grises y variada gama de azules de lo más dramático.

El pintor, cuya firma oscurecía la acera de la calle en perspectiva en el extremo inferior izquierdo del lienzo, no había llegado a ser verdaderamente famoso ni un portento de habilidad, sin embargo sí había resuelto muy bien la atmosfera opresiva, la impresión de soledad remarcada por las sombras del único farol, que hacía que el personaje que caminaba quedara en silueta, la forma de los edificios con un cierto aire de amenaza velada con sus filas de ventanas, apenas insinuadas con unas breves pinceladas verticales, el cielo oscuro era una pirámide invertida se descolgaba desde arriba del lienzo con una temperamental acumulación de pintura ondulante, muy propia de alguien que ha visto de cerca algún cuadro original pintado por Van Gogh.

(Estoy en otra dimensión y puedo regresar a mi dimensión original pero, cuando lo haga, quiero llevarme ese cuadro para tenerlo conmigo -o quizás para venderlo, ¿quién sabe?- en mi dimensión original. Cuando por fin lo consigo... (quiero decir volver de donde venía), al llegar, descubro que lo único que ha llegado a mi dimensión es un lienzo limpio, en blanco, una tela que nunca ha sido pintada, puesto que en la otra dimensión quizás el pintor ni siquiera había existido.)

Hemos llegado al principio. Tenemos la suerte de encontrarnos al inicio de todo. Después de que la humanidad hiciera por su cuenta un periplo de milenios construyendo un Arte cada vez más elevado, yendo y viniendo, cambiando de temas, técnicas y habilidades con las caídas de los imperios, sin parar, vertiginosamente, sin parar, hasta el advenimiento del gran destructor español que tocó las trompetas de Montmartre abriendo las puertas a la decadencia, transformándola en algo obscuro, festivo, delicioso y libre de culpa. Y todos disfrutamos, nos regocijamos, contemplando en nuestra primera juventud cómo el Arte explotaba por los cuatro costados, a cámara lenta, infinitas veces, desde distintos ángulos, como la casa de Zabriskie Point.

Aún así todavía faltaban décadas para que llegara la agonía que significó la popularización del Arte, propiciada por los poderes oscuros, que culminó con la llegada de la era digital como glorioso tiro de gracia, en la que *cualquiera podía ser artista*, y que fue, esta vez sí, la definitiva muerte del Arte.

¡Llor a los vencedores! ¡Muerte a los vencidos! Y nadie dijo lo contrario porque, en realidad, ya poco o nada quedaba de lo que habíamos amado, admirado, adorado, más que en los grandes museos-mausoleos, donde los últimos creyentes peregrinaban nostálgicos, deambulando solitarios por sus salas vacías de público, porque ni siquiera los que habíamos amado al Arte más que a nada en el mundo lo reconocíamos en su agonía. El ciclo se cumple, el Rey del Carnaval debe morir.

¿Nos sentimos por eso desvalidos en ese momento? No. Porque ya sabíamos que iba a ocurrir. ¿Tristes? Claro, porque nunca creímos que *nosotros* sobreviviríamos al Arte. Aunque su funeral fue menos triste de lo que esperábamos. Todos estuvimos allí. Se dijeron unas palabras, pusieron esa bonita música de Gounod... Ya sabes. Y después... Después vino el momento. Ese momento. El del vacío total. Cuando tienes que vaciar el armario de las ropas que ya nunca se van a usar, embalar lo que rodeó a una existencia independiente y autónoma, que fue fértil y generosa, solo para eliminar ruido para tu propio porvenir. Entonces, tras el vacío total y la abolición de todas las leyes conocidas, fue el propio arte (esta vez sin mayúsculas) el que se transformó en un papel en blanco. Y llegamos nosotros, con un solo pensamiento: Haz lo que debes, lo que haces bien, para lo que sirves. Solo haz lo que haces bien, lo demás ensáyalo en secreto, no dejes que nadie vea tus fracasos hasta que esos fracasos los puedas enseñar con orgullo. Serán los adoquines de tu carretera. Y los trazos que saldrán serán pulsiones incomprensibles y sinceras. Querrás hacerlo y lo harás. Nadie te observa. No sientes la tentación de sentirte grande y tampoco te sientes pequeño. Miras a tu alrededor. No estás solo. Hay dos personas más que no están de duelo en la plaza que de pronto se ha quedado vacía. Habíamos desaparecido de un mapa en el que apenas estábamos señalados. Piensa uno, mientras hace un gesto de reconocerme. Ahora ya nada podría ponernos de moda, ni un milagro, piensa la otra, riéndose, mirando a los demás. Tú inclinas la cabeza afirmativamente y guardas una sonrisa para ti. Es dar un paso, pensaste en ese momento, y cada uno avanzó un pie. Tras dos pensamientos más nos reunimos, quizás inconscientemente, en el espacio

circular de arena estrellada del centro de la plaza, y nos sentamos, como antes, simplemente a *hacer*.

67

Las opiniones de Gómez no siempre son reproducibles. Hay veces o, mejor dicho, había veces en las que daba en el clavo. Sintonizaba, para entendernos, con el aquél. Luego vino toda esa tontería de publicar y empezaron los problemas. Cómo no. Se reblandeció por los bordes. Se esponjó. Le dió por ahí. Por esponjarse. Por absorber de otra manera. No hubo manera hasta que vio el final del túnel él solito a primeros de ese año que ninguno pensamos que llegaríamos a ver.

68 Modelo para el infinito

Gómez a veces se expande como un ectoplasma extático, sin medida, sin visión. Destellos de pasados parajes aparecen en sendos parajes de mi cerebro. Nada que hacer. Tener buena memoria hizo al hombre escritor. Tener mala memoria hizo al hombre esclavo. La plebe no recuerda más allá de sus abuelos. No hay tiempo. Tenemos hambre. Nos comemos los recuerdos.

Un mundo pequeño y enfermo no necesita de rigor, de consistencia, de puntualidad. Tiene otras prioridades. Si llegó el bus media hora tarde, por lo menos llegó.

Tenemos hambre, nos comeríamos el bus pero sino cómo ibamos a volver a casa.

84

Puedo escuchar lo que otro piensa, pero no lo creo.

Ahora que todos parecemos tan convencidos de nuestros principios e ideas recuerdo con nostalgia aquellas interminables conversaciones profundas cuando éramos chiquillos, sentados en el parque, preguntándonos con sincera curiosidad sobre los misterios de la vida. Conversaciones que podíamos mantener día tras día, durante horas, cada uno con su inquietud, su preocupación, admitiendo que no entendíamos nada y maravillándonos de cada aspecto de la Creación, y lo comparo con nuestra actitud de ahora, en la que damos todo por sabido siendo prácticamente igual de ignorantes. Henry Miller habla varias veces de esto con acierto.

Evita los circos. Antes un circo quería decir una cosa, como en tiempo de los romanos quiso decir otra y ahora, en tu época, quiere decir otra completamente distinta. Evita los circos. Cuando veas un circo da media vuelta. En todos los sentidos. De “circo” y de “dar la vuelta”, de las dos cosas. Evitar, dar la vuelta. ¿Comprendido? Un circo puede ser un estreno, una inauguración, una rueda de prensa, una conferencia, una sesión de parlamentarios. A esos me refiero. No dejes que te metan en un circo. La discreción, el anonimato, te dará la fuerza necesaria para hacer con éxito tu primer paso en tu crecimiento.

De pronto la perspectiva histórica te saca de la perspectiva histórica. Te hace a un lado. Suavemente. Tanto, que tardas en reaccionar y solo te das cuenta cuando ya estás en la cuneta mirando perplejo la carrera que continúa sin ti.

No sabes como ha ocurrido y al principio sientes ofuscación y te parece que es una salida de pista circunstancial e involuntaria como tantas otras en la vida. Luego ves que no. Que algo pasa. Que no puedes incorporarte al circuito porque te falta potencia pero también porque no tienes motor, las ruedas han desaparecido, el chasis se desmorona dejando una nubecilla de polvo y estás tú solo, ridículo, con el traje de carreras, el casco y el volante en una mano corriendo por el carril derecho. Te adelanta el último competidor y en el silencio que queda detrás escuchas el sonido de tus botas pisando el asfalto ardiente. Un juez de pista a lo lejos te hace señas con la bandera amarilla para que abandones la zona de carrera. Las cámaras del circuito cerrado de televisión te enfocan pero el realizador decide que no ofreces un plano que pueda aprovechar y ni siquiera sales en la transmisión en directo. Ya no estás en la carrera y, aunque sigas corriendo con el impulso, nada va a cambiar. Dejas de correr.

Te haces a un lado admitiendo tu situación *demodé* y decides que lo que estás haciendo es tomarte unas (merecidas) vacaciones. Y descansas. Descansas. Tanto que ahora todo te cansa, hasta las voces de los que se preocupan por ti. Cuando te das cuenta de eso todavía no es demasiado tarde y tratas de remontar el bache levantándote temprano cada mañana y entrando en tu estudio con actitud decidida tras un reconfortante desayuno. Lo haces un día tras otro. Pones la música que más te inspira, hojeas los libros de los que todo mana, miras hacia tu interior en busca de sentimientos olvidados para transformarlos en espasmos creativos. En Obras.

Cuando cierras la puerta de tu estudio tras de ti el presente queda abolido y entras en tu territorio espectral. Solo tu mente y tus criaturas. Al menos eso era antes. Eso recuerdas. Que revoloteaban ante ti casi nublándote la vista, impidiéndote llegar a tu escritorio, impacientes porque te sentaras y encencieras tu máquina de escribir, ansiosas por salir retratadas en tus palabras. Que las escribieran era lo que querían tus criaturas nonatas. Que tú las escribieras, con urgencia. Ahora, sin embargo, el silencio se ha adueñado de tu habitación. No hay enjambres de personajes deseando cobrar vida ante tus ojos. Ves tu escritorio con total claridad y objetividad. La habitación, la ventana, la puerta, los estantes con libros y cosas te devuelven una mirada vacía, muerta de sensaciones, sin brillo, sin luz, sin habitantes espectrales, sin inspiración.

(—¿Qué les pasa? ¿Por qué hablan así? ¿por qué son tan *falsos*?. Parecen maniqués emitiendo una grabación. ¡Resultan patéticos! —Exclamas indignado.)